

Huellas en la arena



Xavier Dueñas

Nota del autor

Este relato nace del deseo profundo de acompañar con palabras, a quienes han cruzado lo insoportable. Es una ficción anclada en lo real, escrita desde la escucha y el respeto, con la certeza de que narrar también puede ser una forma de honrar.

He elegido escribir desde la intimidad, confiando en la fuerza de lo cotidiano, en la resistencia silenciosa de los cuerpos que permanecen y en la dignidad que persiste incluso entre los escombros.

Mi intención no ha sido explicar ni representar, sino tender un hilo, un susurro que busque conexión. Si este relato conmueve, si despierta una mirada más atenta o una compasión más honda, habrá cumplido su propósito.

Xavier Dueñas <https://xavierduenas.es>

Prólogo

Hay relatos que no buscan entretener. Nacen por necesidad, como un acto de amparo, una forma de tender la mano a quien aún duda, en la oscuridad, si seguir viva es posible.

Este es uno de ellos.

No hallarás grandes giros ni clímax espectaculares. Encontrarás una voz que se abre despacio, como una herida que no oculta su dolor, pero ansía cicatrizar. Una mujer escribe porque callar ya no es opción. Escribe para recordar lo vivido. Porque si alguien la lee —aunque sea una sola persona—, su existencia no habrá quedado suspendida en el vacío.

Escribe para ti, que ahora sostienes esta historia entre las manos. Para que la escuches. Y, tal vez, la acompañes.

Huellas en la arena

La tierra aquí tiene un color que no existe en ninguna otra parte del mundo. Es un rojo profundo, terroso, hecho con sangre seca y sol. Se mete entre las uñas, se adhiere al borde de los tobillos y, aunque te laves una y otra vez, algo de ese polvo queda pegado, como un recuerdo que se resiste a marcharse.

Cada mañana comenzaba igual, y eso me daba una extraña paz. Me levantaba antes que el sol, cuando el aire aún era suave y el zumbido de los insectos no había comenzado. El primer gesto era siempre el mismo: poner agua a calentar para el pan. A veces pensaba que, en esa rutina silenciosa, se escondía una forma antigua de rezar. Amasar era una súplica callada al mundo para que no cambiara demasiado rápido, para que al menos nos dejara conservar lo poco que aún era nuestro.

Tendía la ropa en el patio, y el viento, que a esas horas todavía no quemaba, la hacía bailar levemente, saludando al nuevo día. Me gustaba ver cómo las telas se movían: pequeñas banderas de una vida sencilla, una que ya nadie más parecía querer.

Ella se despertaba después, cuando el pan ya estaba en el fuego y el primer aroma comenzaba a llenar la casa. Tenía una manera dulce de aparecer: arrastraba los pies, se frotaba los ojos, murmuraba cosas sin sentido. A veces venía directa a mis brazos, otras se quedaba quieta en la puerta, observándome en silencio, como asegurándose de que yo seguía allí, de que todo era aún como debía ser.

Mi hermana tenía una risa suya, propia, que estallaba de pronto, sin aviso, como los pájaros cuando se asustan y salen volando juntos. Reía por cualquier cosa: una palabra inventada, un insecto que se movía raro, una sombra que convertía en monstruo. Tenía un mundo entero dentro, y lo compartía conmigo con una generosidad que dolía.

Dependía de mí para casi todo, y aunque a veces me agotaba esa responsabilidad constante, también me aferraba a ella como a un ancla. En medio de un país que comenzaba a deshacerse a nuestro alrededor, su existencia era mi única certeza. Cuidarla me recordaba quién era yo, incluso cuando el resto del mundo parecía olvidarse de sí mismo.

Huellas en la arena

A veces, mientras ella jugaba a mi lado con piedras o con ramitas que convertía en personas, yo la observaba en silencio y pensaba: ¿cuánto tiempo más durará esto? ¿Cuántos días nos quedarán de esta vida que, sin ser perfecta, era nuestra?

Y, sin embargo, en ese instante, bajo ese cielo inmenso, con el pan haciéndose despacio y su risa llenando la mañana, yo creía sinceramente que nada malo podía alcanzarnos.

Los hombres comenzaron a desaparecer como se secan los charcos tras la lluvia: sin hacer ruido, sin que nadie sepa el momento exacto en que ya no están. Primero fue el primo de mi madre, que se fue a la ciudad a buscar trabajo y nunca volvió. Luego, el vecino del fondo, ese que siempre silbaba mientras caminaba por el sendero de tierra y que un día dejó de silbar porque dejó de caminar. Mi padre salió una mañana con un bidón vacío y la promesa de volver antes del anochecer; al día siguiente apareció el bidón junto a la acequia, pero él no regresó.

En casa dejamos su camisa colgada detrás de la puerta durante semanas. Al principio nadie decía nada, su olor parecía suficiente para mantenerlo presente, y el silencio, una forma de conservar lo poco que quedaba de él. Después, cuando la tela empezó a perder su forma y a llenarse de polvo, la bajamos en silencio. No hubo ceremonia, ni palabras, ni llanto. Sólo ese gesto lento, casi invisible, con el que se aceptan las pérdidas que duelen tanto que ni siquiera se pueden nombrar.

Con los días, la plaza se vació. Las voces de los niños se escuchaban menos. Las mujeres, que antes se sentaban en los escalones con cestos de tomates y risas sueltas, comenzaron a mirarse con ojos más graves, con una pregunta muda escondida tras cada mirada, como un secreto que ninguna se atrevía a formular. Cuando hablábamos, lo hacíamos bajito, midiendo las palabras, con cada sílaba medida, como quien teme despertar algo dormido. Y aunque las frases hablaban del pan, del agua, de las fiebres de los hijos, el miedo se colaba por debajo, como ese polvo fino que se mete entre las costuras de la ropa y que, por más que sacudas, nunca termina de irse.

Yo escuchaba esas conversaciones con la espalda recta y los dientes apretados, intentando parecer fuerte, intentando que la niña no notara lo que se respiraba entre línea y línea. Ella seguía jugando, sin comprender del todo por qué ahora le pedíamos que no se alejara, por qué ya no la dejábamos correr hasta el pozo sola, por qué las noches parecían más largas y los días más lentos. Pero incluso en su risa empezaba a asomar una especie de incertidumbre, como si algo en el aire hubiera cambiado de densidad.

Huellas en la arena

El mercado seguía allí, pero las cestas eran cada vez más pequeñas y las monedas más escasas. Se veían más uniformes que gallinas, más fusiles que frutas. Los soldados ocupaban los bordes del camino, con los ojos quietos y la presencia muda, como si no necesitaran hablar para recordarnos que ahora eran ellos quienes decidían lo posible. Algunos de ellos tenían la edad de mi hermano, esa edad en la que aún se sueña con amor, con viajes, con cantos. Pero esos sueños ya no estaban en sus ojos, si es que alguna vez los hubo. Lo que había era algo endurecido, algo seco por dentro, y que, sin embargo, aún respiraba.

Cada vez que pasaban cerca, bajábamos la mirada. No por vergüenza, sino por proteger lo poco que aún conservábamos intacto: la dignidad, la ternura, el silencio.

Y yo, en medio de todo eso, sentía que el mundo se inclinaba lentamente hacia un abismo que aún no podía ver del todo, pero cuyo vértigo ya comenzaba a rozarme la piel.

Aquella noche cenamos sentadas sobre una estera desgastada, con las piernas cruzadas y los hombros casi tocándose, como lo hacíamos desde que ella aprendió a sostener la cuchara sin derramar el caldo. Había un solo cuenco en el centro, con un poco de mijo cocido y algunas hojas de “*okra*”, más agua que sustancia. Pero ella no se quejó, ni siquiera me miró con ese gesto que ponía cuando algo no le gustaba; comió despacio, como si supiera que aquello no era solo comida, sino una tregua, un intento de sostener el mundo con la delicadeza con que se sostiene una vasija rajada por dentro.

Afuera, el viento soplaba con un tono distinto, como si hubiera aprendido otra lengua, más seca, más tensa, menos familiar. Yo lo escuchaba mientras recogía los restos de la comida y pensaba que el aire tiene memoria, que hay noches en las que el cielo se endurece sin razón aparente, preparado para un golpe inminente que aún no se ha dejado sentir. No había estrellas esa noche, o al menos yo no las veía. Solo ese manto oscuro que lo cubría todo y que parecía descender lentamente, hasta mezclarse con nuestras sombras.

La niña, después de lavarse las manos y los dientes con esa seriedad que solo los niños aplican a los rituales repetidos, vino a buscar mi cuerpo como cada noche. Se acurrucó a mi lado sin decir palabra, hundiendo la cara en el hueco de mi cuello, donde siempre decía que olía a pan caliente. Le acaricié el pelo con los dedos abiertos, repasando cada hebra como quien repasa un rezo aprendido de memoria. Y mientras su respiración se volvía más lenta y profunda, una parte de mí deseó poder quedarme allí para siempre, detenida en ese momento donde aún éramos solo nosotras dos y el miedo no tenía nombre.

Huellas en la arena

Permanecí despierta largo rato después de que ella se durmiera, permaneciendo inmóvil, con los ojos bien abiertos, como si mi vigilia pudiera protegernos de lo que acechaba más allá de las paredes. Pensé en mi madre, en su forma de mirar el horizonte con los ojos entrecerrados cuando sentía que algo iba mal, como si pudiera leer en el viento los anuncios del destino. Esa noche comprendí lo que ella había sentido tantas veces: esa certeza muda de que algo estaba a punto de romperse, aunque todo pareciera, en apariencia, seguir igual.

Faltaban los llantos, los gritos, las estampidas. El cielo seguía limpio de humo, la noche, aún sin pasos. Y, sin embargo, yo lo sabía. Lo sentía en la piel, como se siente la fiebre antes de que el cuerpo se rinda. Algo, en alguna parte, se estaba desgajando, y su fractura silenciosa comenzaba a extenderse hacia nosotras, lenta pero inevitable, como una grieta que cruza la tierra y que, sin hacer ruido, acaba partiéndola en dos.

Esa fue la última noche en que me sentí entera.

EL QUIEBRE LA IRRUPCIÓN BRUTAL

El primer estruendo no fue un trueno ni un disparo. Llegó como una piedra lanzada al centro del pecho, un impacto seco, irracional, como esas cosas que irrumpen sin aviso y ya no permiten volver atrás. Era más profundo, más salvaje, un rugido nacido desde el interior de la tierra, un quiebre repentino del mundo.

Salté de la estera con un sobresalto que parecía arrancado por una mano invisible. La niña se agitó a mi lado, aún atrapada entre el sueño y el miedo. La tomé por los hombros, le susurré su nombre mientras las explosiones seguían repitiéndose en la distancia, en una caída lenta del cielo, como desmoronándose en estratos.

El suelo vibraba bajo nuestros pies descalzos. El aire se impregnó de un olor indescifrable, mezcla de hierro y humo, de furia y desesperación. Afuera, los gritos se multiplicaban, unos sonaban como órdenes, otros como alaridos arrancados del alma. Luego llegaron los pasos: botas pesadas que pisaban con determinación, sin margen para la duda. Venían hacia nosotros. Venían rápido.

Tomé su mano con una fuerza dictada por el instinto. La arrastré hasta la parte de atrás de la casa, donde las paredes, aunque agrietadas, aún ofrecían sombra. No sabía adónde íbamos ni si habría un rincón lo bastante hondo para esconder su cuerpo, ni si el mío bastaría para cubrirla. Pero me movía, y al hacerlo, sentía que aún éramos humanas.

Huellas en la arena

Al doblar la esquina, una voz nos detuvo. No fue un grito, sino algo peor: una orden dicha en tono bajo, firme, con la seguridad de quien sabe que puede destruir impunemente. Mi cuerpo tembló, pero mis piernas resistieron. Percibí su mirada antes de verlo, como se siente el filo del frío entrando por una ventana rota.

El primero en llegar se rió. Se burló de cómo apretaba a mi hermana contra la falda, como quien se encuentra con un juguete inesperado. Vestía un uniforme sucio, tenía los ojos inyectados, la boca torcida en una mueca sin nombre. Detrás venían otros, armados, hambrientos, endurecidos por la ausencia de compasión.

Uno me empujó, no con brutalidad, sino con esa violencia medida que busca humillar. Caí de rodillas. Sentí la tierra caliente pegándose a mis palmas, el cuerpo de mi hermana apretándose contra mí, el silencio interno comenzando a quebrarse.

Intenté hablar, pero la voz no respondía. Me limité a rodearla con los brazos, con la esperanza de que eso bastara, de que aún quedara alguna forma de protegerla en medio de la descomposición.

Hay cosas que el lenguaje no alcanza. Lo que ocurre sobrepasa la lengua, la voluntad, incluso la conciencia. En ese momento no pensé en el tiempo ni en mi cuerpo. Pensé en el olor. Un hedor espeso, mezcla de tierra fermentada, sudor rancio y sangre seca, algo que nunca debió tocar piel humana. Eso llegó antes que las manos, antes que el peso, antes que la oscuridad.

Luego, la oscuridad no fue por ausencia de luz, sino por el apagón interno, por el colapso de todo lo que alguna vez tuvo nombre. Sentí la presión de algo sobre mi espalda, la fuerza de un brazo que me torcía, que me doblaba como si fuera trapo o rama. El suelo, que antes ardía, se volvió frío, ajeno, territorio de humillación donde ya no me reconocía.

El grito no vino. Algo dentro se cerró tan rápido que ni el aire encontró salida. La boca estaba abierta, pero no salía sonido. El cuerpo temblaba, pero ya no era mío. Me convertí en algo suspendido entre la vigilia y el abismo, entre la furia y la niebla. No supe cuántos eran, ni cuánto duró. Solo recuerdo que, en algún momento, cerré los ojos y me fui.

Me fui lejos. A ese lugar donde ella aún me abrazaba por las noches, al rincón de la infancia donde mi madre me enseñaba a leer con los dedos sobre la arena. Me fui al olor del pan, a su risa frente a las mariposas, a la tela húmeda ondeando al viento. Me fui, y en eseirme, entendí que a veces sobrevivir es saber cuándo huir por dentro.

Huellas en la arena

Allí estaba ella, en un rincón. No hablaba ni lloraba. Tenía la espalda pegada a la pared, las piernas dobladas como en los juegos. Sus ojos, abiertos, inmensos, me buscaban. Y al encontrarme, no pidieron nada. Permanecían allí, testigos de algo que jamás debieron presenciar. No los cerraba. Era su forma de resistir: no apartar la mirada, sabiendo que mi único camino de regreso era su espera silente.

No recuerdo el final. No sé si me dejaron sola o si dijeron algo. Lo que sé es que cuando abrí los ojos, cuando el cuerpo volvió a pesar y el suelo volvió a ser suelo, ella seguía allí. Y yo, aunque rota, seguía viva.

El silencio no llegó de golpe, sino como la ceniza después del fuego, suspendido en el aire, extendiéndose como una manta sucia que ya no abriga. No era un silencio total: aún había gritos, disparos, pasos corriendo, gemidos arrastrándose desde algún rincón. Pero dentro de mí todo eso sonaba lejano, desde lo profundo de un pozo sin eco.

El suelo estaba cubierto de fragmentos, y entre ellos, cuerpos. Algunos inmóviles, otros enroscados como bestias heridas que seguían buscando una salida inexistente. Había sangre, y no sabía de quién era. Pero no era mía. La mía se había escondido, tan hondo, que ya nadie podía alcanzarla.

Me levanté como se levantan los que no han dormido, los que no han muerto, pero tampoco están vivos. Me dolía todo. No sabía qué hacer, ni siquiera quién era, hasta que su nombre empezó a latirme en el pecho.

La busqué con los ojos aún nublados, temiendo cada bulto, cada sombra. La busqué con las manos temblorosas, la voz trabada, pero con la certeza de que si no la encontraba, el mundo terminaría de romperse. Y entonces la vi.

Estaba sentada junto a una pared a medio caer, espalda recta, brazos sobre las rodillas, con el tiempo suspendido en el instante anterior al derrumbe. Tenía los ojos abiertos, fijos en un punto invisible. No se movía. Era una estatua de niña, quieta, inexpresiva. Y al verla así, intacta por fuera, devastada por dentro, sentí que algo más en mí se resquebrajaba.

Me acerqué despacio, con esa lentitud cautelosa de quien teme quebrar lo poco que queda. Me arrodillé frente a ella, le tomé las manos, pequeñas, tibias, vivas. No las retiró, no me miró. Solo las dejó entre las mías, como un vestigio tenaz de lo que alguna vez fuimos.

No dijimos nada. No hacía falta. Sabíamos que todo había cambiado. Que el aire era otro, que el mundo se había roto sin posibilidad de reconstrucción.

Huellas en la arena

Nos pusimos de pie, o algo parecido. Avanzamos, sin rumbo claro. Sin dirección, sin propósito. Caminamos hacia donde el ruido era más tenue, donde los gritos se oían como ecos. Caminamos en un andar obstinado, donde cada paso afirmaba una persistencia silenciosa, aunque ya no sea la misma.

Y así, entre polvo y sombras, comenzó nuestro exilio. Sin mapa, sin destino, sin palabras. Solo ella y yo. Solo el silencio y el camino.

EL DESPUÉS: EL CUERPO EXTRAÑO

Nos refugiamos en lo que quedaba de una casa, aunque llamarla casa era concederle una dignidad que ya no poseía. Tres paredes aún resistían, una esquina oscura donde el techo se mantenía en pie por pura obstinación, y un trozo de suelo libre de escombros. Allí nos sentamos, espalda con espalda, sin intercambiar palabras ni miradas, porque el lenguaje se había vuelto una carga imposible de sostener.

La niña mantenía la vista perdida en un punto cualquiera, los labios secos, las manos recogidas contra el pecho, como si en sus manos aún reposara la sombra de la noche vivida. Su silencio no era una elección, sino la consecuencia de haber sido arrancada del mundo, sin saber cómo regresar. A veces parpadeaba con lentitud, cada movimiento una batalla, cada respiración una decisión consciente.

Entre los restos de lo que alguna vez fue una cocina, hallé una olla oxidada y media botella abandonada. Moje un trapo, limpié su rostro con suavidad, con la esperanza de devolverle algo de la niña que había sido, de la que aún era, escondida en un rincón demasiado profundo para alcanzarse con las manos.

Preparé un poco de sémola con las últimas migas de harina que llevaba en el bolsillo, la mezclé con agua caliente. No tenía sabor, ni cuerpo, pero el calor prometía un atisbo de consuelo. Le ofrecí la taza, y ella, sin alzar la vista, la sostuvo y bebió en sorbos pequeños, como si beber fuera una forma de obedecer a la vida o de invocar la memoria.

La calle seguía vacía, los sonidos se deshacían uno a uno, y el mundo parecía encogerse sobre sí mismo, como una bestia herida que se esconde a lamer sus llagas. En ese margen del día, la soledad era otra cosa, más densa, más viva, sin espacio para el pensamiento, solo para la espera.

Huellas en la arena

Nadie pronunció nuestros nombres. Y al no ser nombradas, comenzamos a disolvernarnos, desdibujadas en el aire que respirábamos, convertidas en sombras: reflejos que no hablan ni lloran, pero que permanecen, fieles y mudos, pegados al suelo.

Me repetía que resistir era sembrar un futuro, aunque no supiera si alguna vez germinaría. La miraba tan quieta, tan frágil, y en lo más hondo algo me decía que mientras su cuerpo conservara el calor, mientras sus ojos se abrieran al amanecer, algo sagrado aún no había sido profanado.

Hay un instante, difícil de precisar, en que el cuerpo deja de ser refugio para convertirse en prisión. Lo sentí la mañana en que intenté incorporarme y una punzada me atravesó el vientre como un recordatorio cruel de lo vivido. Mi cuerpo, alguna vez instrumento de ternura, de trabajo, de cantos al preparar la comida, ya no respondía. Era una cosa ajena, invadida por un recuerdo impuesto, por una amenaza latente que no sabía si era real o imaginada.

Me observé las manos, los brazos, los muslos, esperando que al contemplarlos regresara algo de la historia que llevaban, como si aún quedaran rastros de la mujer que fui antes de la violencia, antes de que la tierra se hiciera cómplice. No sangraba, o casi no, y esa ausencia se volvió una presencia más pesada que cualquier herida. El miedo germinaba en mi vientre, una semilla oscura que latía en silencio, alimentada por mi incertidumbre.

Temí estar embarazada. No era solo miedo físico, era un espanto que nacía desde el alma: pensar que algo pudiera estar gestándose dentro, no fruto del amor, sino de un acto de destrucción. Me tocaba el vientre en la oscuridad, no con ternura, sino con rabia, con asco, con una compasión incierta, sin saber si era para mí o para esa vida posible que quizá esperaba ser reconocida.

Dormir se volvió un acto imposible. Cerraba los ojos y el cuerpo temblaba, arrastrando la memoria viva de manos que lo profanaron. Escuchaba cada crujido, cada ladrido lejano, la respiración de la niña, y comprendía una nueva forma de locura: estar atrapada en un cuerpo que se mueve aunque el alma no quiera seguirlo.

Me lavaba con insistencia: manos, brazos, pies. No había agua suficiente, ni jabón, ni fuerza real, pero insistía, tratando de desprenderme de la culpa, del olor, del recuerdo. A veces usaba una piedra, otras un trapo. El agua goteaba sobre el suelo con prisa, y yo la veía alejarse, sabiendo que jamás lograría sentirme limpia del todo.

Huellas en la arena

Y, aun así, cada mañana, cuando ella despertaba y me buscaba con sus ojos vacíos, yo recogía los restos de mi cuerpo y los vestía de madre, de hermana, de algo parecido a una figura capaz de sostenerla.

La encontramos al caer la tarde. O tal vez fue ella quien nos encontró. Era una mujer mayor, y su presencia traía consigo algo parecido a la serenidad. Hay encuentros que no obedecen a la voluntad, sino a la orfandad compartida que arrastra los cuerpos hacia un mismo refugio. Estaba sentada en un banco de madera, bajo el alero de una casa rota que aún ofrecía sombra. Tenía la espalda encorvada, los pies hinchados, las manos cruzadas sobre el regazo con la calma de quien ya ha visto todo.

Nos miró sin moverse, con los ojos entrecerrados, evaluándonos, intentando descifrar si quedaba algo de humanidad en nosotras. Yo cargaba a la niña, no solo porque sus piernas no respondían, sino porque cargarla me evitaba el derrumbe. Me detuve frente a ella sin palabras, con la garganta cerrada y la mirada perdida entre su rostro y el polvo.

Ella se levantó despacio, cada gesto un acto deliberado. Entró sin hablar y volvió con una jarra de agua, un trozo de pan envuelto en un paño bordado, un trapo limpio. Lo colocó ante nosotras con solemnidad, no como caridad, sino como un acto de respeto. No quiso saber de dónde veníamos, ni del silencio de la niña, ni del temblor que me recorría. Solo nos miró con una ternura silenciosa, más elocuente que cualquier palabra.

Tomé el agua con ambas manos, la acerqué primero a la boca de la niña y luego bebí. El pan, duro, tenía una honestidad que se sentía sagrada. Al masticarlo, algo se redimía en ese gesto simple. Moje el trapo, limpié su rostro y el mío, con lentitud, con certeza: ese gesto pequeño era una forma de comenzar de nuevo.

Y entonces llegaron las lágrimas. No venían del dolor, ni de la rabia, ni del recuerdo. Venían de un lugar más hondo, donde habitan las pérdidas sin nombre y los miedos que no gritan. Lloré sin ocultarme, sin vergüenza, con un sollozo libre como agua que por fin encuentra salida. Lloré porque había agua, porque había pan, porque había una mujer que nos veía sin interrogarnos.

Lloré porque, en ese instante frágil y cierto, me sentí viva. Y supe que resistir seguía siendo posible. No era heroísmo. Era gratitud

EL EXILIO: APRENDER A SEGUIR VIVA

Huellas en la arena

Avanzábamos en fila, como si el dolor nos hubiera alineado sin necesidad de instrucciones, el paso de una marcando el ritmo incierto de todas las demás. Éramos mujeres, casi todas con niños a cuestas, el rostro cubierto por trapos empapados de polvo, los pies agrietados por la tierra que días atrás fue hogar y ahora se extendía como un desierto seco y sin promesas. Caminábamos despacio, no por agotamiento físico, sino por el peso de lo perdido. Hablábamos poco, porque la fatiga volvía las palabras innecesarias, y porque el silencio, a veces, protege más que cualquier muro.

La tierra ardía bajo nuestras sandalias improvisadas. A cada paso, mis piernas parecían ajenas, avanzando por pura memoria, con la memoria instintiva de que vivir era avanzar, incluso sin destino. A mi lado, la niña caminaba con pasos cortos, sin queja ni pausa, con esa determinación melancólica de quienes aún no comprenden todo, pero perciben que el peligro persiste. De tanto en tanto, apretaba mi mano, y en ese gesto breve se anclaba mi aliento, como si su diminuta fuerza bastara para sostenerme.

Vi niños descalzos, los talones en carne viva, las rodillas abiertas por caídas. Vi a una anciana tambalearse, llevarse la mano al pecho, cerrar los ojos y deslizarse al suelo sin que nadie pudiera detenerla. Nadie gritó, nadie corrió a socorrerla. Quedó en la curva del camino, la cabeza sobre una piedra, los brazos extendidos como alas rotas. Algunas mujeres la miraron con ese pesar silencioso que no frena la marcha pero deja cicatriz. Yo también la miré. Quise detenerme, cerrar sus párpados, cubrir su cuerpo, decirle que valía la pena seguir. Pero no lo hice. Solo la observé hasta que el polvo la cubrió.

El sol golpeaba con dureza, el aire seco dificultaba incluso tragar, y el sudor se evaporaba antes de recorrer la piel. Fue entonces, en medio de ese calor que nos desdibujaba, que escuché su voz. Al principio creí que lo había imaginado, un eco, un murmullo. Pero no. Ella, mi hermana, mi sombra, mi silencio, había dicho una palabra. Una sola. Temblorosa. Pequeña. Como un brote que rompe la tierra dura.

Me detuve para mirarla. No entendí del todo sus palabras, pero las repetía. Una y otra vez. Como un rezo, como una contraseña, como quien se aferra al hilo último de la vida. En ese instante, bajo ese sol que no daba tregua, supe que no todo estaba perdido. Que mientras ella hablara, aunque fuera una sílaba, yo tendría una razón para seguir.

El refugio apareció como una prolongación desordenada del camino: tiendas de lona, palos, plásticos inflados por el viento como pulmones enfermos. No nos recibieron con gestos ni palabras. Solo cuerpos moviéndose con lentitud, arrastrando lo poco que quedaba, buscando

Huellas en la arena

sombra. El aire olía a sudor reseco, agua estancada, piel quemada y algo más: una tristeza que se pegaba como polvo.

Nos revisaron rápido, sin crueldad, sin preguntas. Un médico joven nos miró los ojos como si pudiera medir el dolor. Luego nos asignaron un rincón: suelo de tierra, una manta delgada, un cubo de agua. Nos sentamos guardando silencio. Evitamos mirarnos. El calor seguía oprimiendo.

Afuera, los gritos infantiles se mezclaban con el crujido del plástico y el murmullo persistente de mujeres repitiendo gestos sin futuro. Fue una tarde densa cuando escuché su voz. No la veía. Estaba cerca. Una mujer joven, quizás de mi edad, narraba su historia con tono bajo, firme, como quien deja una marca en el camino para que otros no se pierdan. Su relato era el mío: la entrada violenta, el cuerpo forzado, el silencio de la niña testigo desde un rincón deshecho.

Me quedé en mi sitio, sin interrumpir. Solo escuché, ojos cerrados, puños tensos, esperando que al oírla algo en mí se desanudara. Cuando terminó, hubo silencio. La voluntaria extendió su mano. Ella no la tomó. Solo respiró hondo, como quien se rehúsa a caer.

Y entonces, sin pensarlo, susurré dos palabras. No era una historia, ni una súplica. Era un aliento apenas audible, pero verdadero. Dije: "*Nosotras también.*" En esa afirmación breve, surgió una chispa: el dolor ya no era solo mío. En ese "*nosotras*", nacía una forma rudimentaria de consuelo.

Una mañana cualquiera, de sol implacable y tiendas que se inflaban con el viento seco, dormí poco. La niña, a mi lado, envuelta en su silencio habitual, ese que ya no dolía como al principio pero seguía siendo una corriente subterránea. Afuera, las mujeres organizaban las filas del agua, los niños vagaban con polvo en los ojos, y las voces de las voluntarias eran solo fondo.

La vi llegar sin hacer ruido, con un andar firme pero suave, como si no quisiera perturbar el aire que nos rodeaba. Era joven, de piel clara, el cabello recogido en un moño apretado, y unos ojos tan diáfanos que parecían hechos para escuchar más que para mirar. No hablábamos el mismo idioma, pero su expresión era clara: no traía preguntas ni juicios, solo una disposición serena a estar. Se acercó con cuidado, se agachó a mi lado y me tomó la mano entre las suyas. Lo hizo con una delicadeza que no buscaba permiso ni respuesta, solo contacto. Sus dedos envolvían los míos con una calidez quieta, sin presión, sin prisa. No

Huellas en la arena

intentaba consolarme, ni protegerme. Solo se quedaba allí, presente. Y en ese gesto sencillo, sentí que alguien me reconocía. Y al sentirlo, algo dentro de mí aflojó.

Ella no dijo nada más. Me miró, sonrió sin consuelo, y se fue. Caminó entre las tiendas como quien deja algo invisible pero profundo. Pero lo había hecho. Me recordó que aún podía ser tocada sin ser herida.

Poco después, vi a la niña en cuclillas, cerca de una estaca. Dibujaba con un palo. Al principio creí que eran garabatos, pero vi las ramas. Era un árbol. Sin hojas. Sin sombra. Pero firme. Dibujado con precisión. como si en ese trazo afirmara su permanencia.

Me arrodillé. Pasé la mano sobre el dibujo. No lo borré. Apenas lo toqué. Como quien acaricia una cicatriz. Pensé que tal vez, algún día, algo podría volver a crecer. Y por primera vez en mucho tiempo, sentí algo parecido a esperanza. Apenas una chispa. Pero era mía.

LA CARTA: EL ACTO DE NARRAR

La habitación tiene paredes metálicas que devuelven cada sonido con un eco apagado, debilitando las palabras antes de tocar el suelo. Una mesa de plástico blanco, manchada de óxido en las esquinas, y una silla que cruje apenas me inclino, completan la escena. Frente a mí, un cuaderno de tapas duras, con las hojas en blanco: promesa o amenaza. Afuera, la noche cae despacio, sin prisa, mientras el calor del día se retira y deja atrás un aire que aún conserva la densidad de lo vivido.

La niña duerme a unos pasos, en una colchoneta que nos trajeron días atrás. Su respiración se mantiene serena, casi imperceptible, envuelta en el tejido invisible de un sueño que la protege. La observo un instante, recordando que está, que sigue siendo el origen y destino de todo lo que soy. Luego bajo la vista, tomo el lápiz con dedos temblorosos, como quien roza por primera vez el instrumento que trazará su propio naufragio.

Es la primera vez que escribo desde aquello. Las palabras arden en la garganta, las memorias duelen como cuchillas oxidadas, pero escribir se impone. No por otros, ni por justicia o consuelo. Sino porque testimoniar lo vivido sostiene la parte de mí que aún no se ha rendido. Escribir se vuelve mi cuerda, mi salvación.

Las palabras emergen desde lo hondo, arrastrándose desde una cueva sombría, atravesando el silencio, el miedo, la vergüenza. Pero al desplegarse, liberan. Un peso se escurre hacia fuera.

Huellas en la arena

Aunque duela, ese vaciamiento es vital. Escribo sin detenerme, sin corregir, sin medir. Dejo que la mano diga lo que la boca calló. Escribo porque estoy viva, porque mi voz persiste.

Cada línea en el papel rescata una parte de mí del olvido, como una hebra que vuelve a enlazarse al mundo. Este cuaderno no restaura lo perdido ni recompone lo roto, pero alcanza con saber que alguien, alguna vez, podrá leer estas palabras y comprender que resistimos. Seguimos aquí, el alma desgarrada, la voluntad firme.

Escribo desde la memoria. La rabia late, pero no ha germinado en odio. Nombrar el dolor le da forma, lo aparta del silencio que amenaza con borrarlo todo. La memoria se alza como refugio cuando todo lo demás se desmorona, y necesito preservarla, entregarla, compartirla.

La primera a quien nombro es a ella, mi hermana, que duerme a mi lado, envuelta en palabras tejidas con cuidado. Fue ancla y refugio, espejo y raíz. Cuando todo ardía, su silencio me sostuvo con la misma firmeza con que yo sostenía sus pasos inseguros años atrás. Sus ojos lo vieron todo. Su risa —la más pura que conocí— aún guarda su retorno. Confío en que un día, paciente, volverá.

Después nombro a mi madre, consumida por las sombras de la guerra como tantos otros, sin tumba ni despedida. La llevo en mis gestos: al atarme el cabello, lavar la ropa, acomodar a la niña dormida. Su ausencia permanece, pero su peso se ha transformado en fuerza. Vive en cada acto de ternura que conservo.

Y también me nombro. No desde la condición de víctima, sino como quien cruzó un abismo y conserva la capacidad de amar. Me nombro con voz temblorosa, no por certeza, sino por necesidad. El silencio ya no basta. Pronuncio mi nombre, lo escribo como quien enciende una lámpara en la oscuridad. Me reconozco: el miedo ha sido compañero, la rabia duerme en mí, pero el amor —por mi hermana, por mi madre, por la vida— ha sobrevivido a todo.

Por eso escribo. Porque el amor persiste. Y mientras eso exista, lo vivido no me define por completo, aunque forme parte de mí.

He escrito con el pulso incierto, los ojos nublados, sabiendo que cada palabra es un fragmento roto que comienza a recomponerse. No para volver a ser, sino con la humildad de quien sabe que seguir vivo ya es un acto de resistencia. Escribo para quien escuche, para quien haya sentido en la piel una pérdida que no cabe en cifras. Escribo con la voz que me queda, la única que aún me pertenece.

Huellas en la arena

La tinta se seca mientras la noche se instala con su tacto húmedo sobre los techos del refugio. Y comprendo que lo esencial ha sido entregado.

Cierro la carta con una promesa. No por fe ciega en el porvenir, sino por la voluntad intacta de resistir, de dar nombre a lo que arde sin permitir que se vuelva ceniza. Escribo con firmeza, con gratitud, con ese amor testarudo que no se deja extinguir:

“Si tú me lees, es que aún estoy viva.”

Cierro el cuaderno con ambas manos, como se cierran los ojos de un recién nacido. Lo dejo sobre la mesa, junto al agua, y me levanto sin ruido. Camino hacia la colchoneta donde ella duerme, arropada con una manta prestada, el cabello revuelto como un nido de raíces finas. Me arrodillo, acerco el rostro al suyo, siento su aliento cálido y regular. La abrazo sin despertarla, como si en ese gesto pudiera entregarle todo lo que no he sabido decir.

Afuera, entre las tiendas que se mecen con el viento leve, alguien canta. La melodía me es desconocida, el idioma también, pero no importa. La música flota sobre el campamento como algo sagrado, una respiración compartida, un hilo invisible que nos sostiene. Basta saber que hay una voz. Que canta. Que persiste.

Y con eso, por esta noche, me basta.

Epílogo

Nada ha cambiado en el lugar del que ella proviene. La guerra continúa, las cifras se elevan, los rostros se pierden entre polvo y miedo.

Pero en algún rincón del mundo, una niña ha vuelto a dibujar un árbol en la tierra.

Y una mujer, que lo ha perdido casi todo, ha hallado en la palabra escrita un refugio, un acto de verdad, una forma de mantenerse en pie.

Hay heridas que no se pueden reparar. Pero existen gestos mínimos —un cuaderno, una mano extendida, una voz que canta en la noche— que devuelven a la vida su dignidad más profunda.

Este relato no ofrece respuestas. Guarda, sin embargo, una certeza: mientras alguien siga nombrando el dolor con amor, la barbarie no habrá triunfado por completo.

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>